

descuidito, no son más que cuatro, y nosotros nueve, era partido que se debía haber jugado. — Cómo se conoce, dijo otro, que hablas de copas, yo estoy seguro que si se les antoja retozar, nos envuelven á todos, tú no sabes quiénes son estos charros, con la mayor frescura cuelgan al más pintado, y como traen muy buenas armas, montan magníficos caballos y no se tientan el corazón, pobre de aquel á quien metan puntería, que no se les escapa; son muchos, todos hermanables, y tarde ó temprano se salen con la suya, pregúntale á Mano larga qué le sucedió al Ganzo y sus compañeros en el pinal del Chico, lo que nunca han podido hacernos las comisiones ni la tropa, lo hacen estos señores por vía de pasatiempo, es mejor huirles el bulto y no meterse con ellos porque tienen unas chanzas muy pesadas, y son amiguisimos de estirar sus reatas con el peso de un hombre, es necesario tomar nuestras precauciones porque si no tenemos el cuento perdido.

Así que se perdió de vista Abraham de los Reyes con sus compañeros, prosiguieron Astucia y Pepe su camino riéndose del chasco del Gachupín que por no comprometer un lance y no saber con cuántos tendrían que habérselas, se conformó Pepe con darle un caballazo é intimarle sus órdenes.

También Abraham no se atrevió á llevar adelante la sorpresa ni hacer ninguna demostración hostil, porque supuso desde luego que muy pronto llegarían los demás charros, tal vez no les alcanzaba el tiempo, y era casi segura su derrota.

## CAPÍTULO XII

El Capullo de mañosos. — Un apretón. — La señorita. — El bulldog  
El supuesto Gaviño. — La limosna. — Lo que piensas te hago.  
Caridad. — D. Polo. — Comer trigo. — Consejo definitivo.

Atravesando esa cordillera de montes, instruyendo Pepe á su jefe de todos los sitios de paraderos, veredas excusadas y sabanas, fué dándole á conocer con todos sus marchantes y agentes de seguridad que tenía puestos en varias partes para servir de espejos; chocándole mucho no haber encontrado por sus comederos á los macutenos del rumbo de Ameca, ni á los de las calaveras del de Morelos, lo mismo que á los de Jantetelco y Jonacate que merodeaban hasta Teletela de los volcanes, llegando sin ningún tropiezo al pueblo de Tochimilco, en donde á causa de estar en vísperas de la fiesta titular, quiso Pepe que se detuvieran á divertirse ese día, habiéndolo alborotado el Sr. Hernández amigo suyo en donde se alojaron esa noche, comenzó la diversión con las luces, procesión del Rosario, loas y retos con que estuvieron bastante distraídos y contentos. Al otro día, después de la solemne función de iglesia y almorzar, se fueron los dos para la plaza de gallos en donde fué mirando Pepe toda la flor y nata de los mañosos. — Con razón no nos encontramos á estos pajarracos cantando por esas selvas, si aquí están juntitos ostentando su habilidad; mira, Astucia, nos ocultaremos un poco mientras te digo quiénes son estos bichos para que los conozcas. Mira, aquél de sombrero de palma con toquillas de armiño y listones encarnados en los amarres, corbata roja, y chaqueta de lienzo, es español conocido por *Paco el curro*, merodea en el camino de Morelos en unión de su querida, que es esa trigueña que está á su lado llena de alhajas, á la que le dicen unos la *Mansflora* y otros la *Barragana vieja*, lo mismo que ése del

sombrero alemán bordado, que por ser tuerto le llaman el *Eclipse*, es su segundo, y los cuatro que le siguen son lobos de una manada. Aquél de la chamarra con agujetas, sombrero blanco galoneado, y calzoneras envinadas, es el cabecilla de los del rumbo de Ameca, le dicen el *Garabato*, y oculta en la manga de la chamarra la mano izquierda, porque tiene todos los dedos chuecos y engarabataados; también están junto á él cuatro ó cinco de su gavilla. Siguen ahí revueltos los de Jantetelco, Jonacate y Tetela del Río; pero de todos ellos los principales son ese huero azafranado que le llaman el *Cuachichil*, el *Atepecate*, que es ese chaparrito que tiene en las calzoneras doble botonadura de medios de plata, y ese prieto que se acaba de sentar, á quien le nombran el *Barillero*, pues con el pretexto de vender chácharas, se junta con los caminantes y los introduce bonitamente á las emboscadas que él ó sus aparceros tienen dispuestas. Por este otro lado, están los de Río frío en sociedad con los poblanos y los de aquí, en donde como en todas partes no deja de haber de esta polilla, y los capitanea el *Cedacero*, ése de la barba larga que tiene el sombrero coyote; *Pobvolilla*, *Chepe diablo* y el *Quebranta huesos* son los tres que siguen, tortean por Río frío en unión del *Chagollero* y *Gata mansa*, que son de Puebla, todos los demás que miras son de la misma ralea en inferior grado, de manera que te puedo asegurar que de aquí, sin temor de equivocarme, sólo se podía sacar un dos por ciento de hombres que no sean bandidos, salteadores, ó ladrones rateros.

— ¿Y éste, que nos está dando la espalda, del sombrero tan escandaloso, que según he advertido lleva la voz, y todos esos miserables consideran, quién es? — Déjame verle tantito la cara. ¡Qué demonio! si yo hubiera sabido que se encontraba aquí no venimos, es D. Polo. — Pero ¿quién es ese D. Polo que tanto te pesa encontrar aquí? — Es el jefe de los plateados de tierra Caliente y siempre andamos evitando el encontrarlo. — ¿Es por ventura sabueso? — No, hermano, todo lo contrario, le hicimos una vez un corto servicio y el hombre no halla cómo agradecerlo, donde me columbre, de seguro que no nos suelta, ojalá y pudiéramos salirnos sin que lo noten. — Ya es tarde, Pepe, todos nos han estado echando furtivas miradas y secreteándose;

si nos ven salir, creerán que les alzamos escobeta. — Dices bien; pero te advierto, que si es preciso darte á conocer con D. Polo, tiene la vanidad de creerse un Hécurles y es afectísimo á demostrar su pujanza dando soberbios apretones de manos, con lo que tiene acoquinados á todos sus conocidos, por eso le alzan pelo y lo respetan. — Prevénate, que yo haré la cosa de manera que toda esta canalla vea que para cada perro ha criado Dios un palo.

Efectivamente no les fué fácil salirse, el lujoso cuanto bonito vestido de Astucia, su presencia imponente, la conversación que tenían separados del grupo de la gente apiñada en el redondelito de la plaza, les llamó la atención y aun no dejaron de infundirles sospechas y temores aquellos extraños, por lo que de boca en boca empezaron á correr los comentarios suponiéndose cada cual mil cosas, de manera que llegaron á oídos de D. Polo, que distraído en las apuestas, y estando de espaldas no los había visto; volteó la cara y fijó la atención en Astucia que con semblante sereno se hizo el indiferente.

— De veras, de veras que es guapo el muchacho, dijo D. Polo, — Ese tlaco no es de aquí, respondió el que estaba junto. Quién sabe si será algún soplón que viene á oler para estornudar, ya hace rato que entraron y no más se han estado haciendo el cargo, si no me engaño, el que lo acompaña no me es desconocido. Entonces volvió D. Polo á girar la cabeza para ver á Pepe que á pesar de estar medio excusando el rostro lo conoció desde luego, y parándose violentamente se precipitó sobre él con los brazos abiertos estrechándolo y decíallo de gusto: — Cuánto bueno por aquí, amigote, ¿qué milagro es éste? y repetía sus abrazos alzándolo varias veces. Hagan campo para estos señores; pasen por aquí, ¿porque supongo que este caballero viene con vd., querido Pepe? — Sí, señor D. Polo, es nuestro jefe y tengo el gusto de presentárselo. — Astucia, servidor de vd., dijo Lorenzo tocándose el sombrero. — Yo soy su criado, caballero Astucia, conózcame para que me mande, Apolonio Reyes está á sus órdenes y si no se desdena, hágame el gusto de permitirme que lo abrace y le demuestre mi cariño. — Será vd. correspondido, señor D. Apolonio. Y ambos se abrazaron tendiéndose la mano en señal de reconocimiento; al verlos Pepe, le dijo á D. Polo: — Cuidado

con mi jefe, amigote, no le vaya á descoyuntarlos dedos. — Seguro está, le contestó, con mis buenos amigos no abuso de mi poder. Y así que sólo se la había tocado retiró la mano. — Es que, prosiguió Pepe, ese pollo no se traga de un bocado, y aunque parecen sus manos disciplina, no tan fácilmente se las deja magullar.

— ¿Qué de veras, amigo Astucia? preguntó D. Polo. — No, señor, adulaciones de mi hermano, que se complace en mortificarme. — Sólo por eso, D. Polo, hágame favor de darle un apretoncito, le he de quitar ese genio mustio que tiene, replicó Pepe.

— ¿Qué dice de eso, charrito? dijo D. Polo con tono de satisfacción. — Que puede hacer lo que guste, le contestó presentándole la mano. — Corrientes, amiguito, pero no crea que lo hago por ofenderlo. — Ni vd. entienda que si me defiende, es por hacerlo quedar mal. — Arreglados, gritó Pepe, dando de palmadas; ¡plaza, señores, plaza á estos gallos!

Todos los concurrentes los rodearon, y tomándose ambos las manos, se afianzaron fuertemente, diciendo D. Polo poniéndose muy renegrido: — ¿Aprieto, señor Astucia, aprieto? — Sí, señor, le contestó con la mayor serenidad. Redobló su pujanza haciendo fuerza con todos sus miembros, pero imposible le era conseguir su objeto, le parecía que apretaba una plancha de hierro; en vano hizo cuanto le sugería su orgullo, ninguna ventaja conseguía, ocurrió por fin al último extremo, y con los ojos enchilados por la fuerza que gastaba, hizo el último esfuerzo picado de ver la impasibilidad de su adversario, que con una sonrisa irónica le contrarrestaba sólo defendiéndose; conoció Astucia su intención, y cuando creía D. Polo salir triunfante se coloró un tanto el semblante de Lencho, se le paró una vena en la frente, y D. Polo agachándose hasta el suelo dijo con voz doliente: — ¡Basta! ¡basta! lo declaro mi rey, amigo Astucia, ahora lo quiero más, charrito. Señores, ¡viva el jefe de los Hermanos de la Hoja! — ¡Viva! gritaron todos aquellos admirando al charro. — Diana, dijo Polo, toquen diana, muchachos, ahí va ese par de pesos para que remojen los instrumentos. ¡Viva Astucia! ¡vivan los charros de la rama y su planchado jefe!

Algunos minutos duraron los vivas al toque de la diana,

esto naturalmente causó el efecto que Pepe se propuso, de que todos aquellos picos largos conocieran poco más ó menos que el jefe de los Hermanos de la Hoja no era líquido que se pasaba de un sorbo, y lo miraban con asombro, terror, y respeto.

Se sentaron á uno y otro lado de D. Polo, y continuaron los gallos obligándolos á jugar, dándoles continuamente algunas onzas y haciendo que los encomenderos las casaran. Se resistieron lo bastante, principalmente Astucia, pero por no parecer desagradecido y que se sintiera D. Polo se propuso darle gusto; tomaba y metía sin retentiva, Pepe, que temeroso se tanteaba, no medraba, pero Astucia que tuvo buen cuidado de ir apartando en una bolsa lo que D. Polo le dió, en cuanto se vió con una ganancia de siete ú ocho onzas comenzó con ellas á apostar, y en tres ó cuatro chicas que se hicieron, reunió sesenta y tantas, y cosa de treinta pesos en plata; de repente llegó uno de los de la cuadrilla de D. Polo diciendo en voz alta: — Señor, ahí está el Bulldog. — Ya me lo esperaba, dijo D. Polo, no hay sermón sin San Agustín, y apuesto lo que quieran á que Birján lo trae al trote. ¿Cuánta fuerza trae? — Como treinta hombres. — Pues no tengan cuidado, que si quiere ladrar le taparemos el resuello. ¿Adónde está alojado? — En la casa de Diezmos. — Corrientes; pues les advierto que si ven que trata de jugarle á alguno de los muchachos una mala partida, me den de codo y lo echamos á roncar, corran por ahí la palabra que el Santo de hoyes Astucia, y á esta voz, todo el mundo corre sobre los sabuesos cual si fueran perros de rabia. Aquí no priva ese patarato y fácilmente le apagamos la vela.

También prevénganles á todos, que ninguno diga quiénes son estos amigos, sino que suelten el cohete de que vienen conmigo y son de las haciendas de allá abajo. Conque vámonos á comer, porque ya son las dos, no sea que quiera venir aquí, no quiero alternar con él, y aunque siempre me anda buscando la cara, yo me excuso cuanto puedo, tiene sangre muy pesada y me temo en un momento de cólera estrangularlo, aunque presume mucho de tener canilla para contrarrestarme.

Se salieron de la placita de gallos, y mirando llegar D. Polo á uno de los suyos á caballo, le preguntó: — ¿Qué sucedió,

Tijerilla? — Ya están en la plaza, señor amo, respondió quitándose el sombrero. — Pues anda, dile al caporal Calvillo, que nadie los toque hasta que nosotros vayamos, y te vuelves para la casa á ensillar mis caballos. Y cogiéndose del brazo de sus amigos, los tres se dirigieron para la casa donde estaba alojado.

— Conque volviendo al Bulldog, dijo Astucia, vd. le excusa el bulto, y yo tengo empeño en conocerlo bien, y si se ofrece, tratarlo. — ¡Cómo! ¿qué, vd. alternará con semejante bicho? No, amigo D. Polo, pero me gusta dar el alón por comerme la pechuga; según me ha dicho Pepe, ahora está de segundo en el Resguardo del tabaco y aunque ya sé quién es, deseo conocerlo de cerca.

— Pues eso es muy fácil, presume de ser campirano y tener buenos caballos; es regular que quiera meterse á fachosear á la plaza, y allí podrá vd. relacionarse como uno de tantos. Ahí tengo un cuaco colorado sangre linda, que quiero verlo en sus manos, amigo D. Pepe. — Yo no he de entrar, señor D. Polo, soy un verdadero colegial á lado de mi jefe, que trae por ahí un prietito flacón, medio vanidoso, y si se puede conseguir que entre á divertirse, se lo agradeceré, porque como es muchacho se vuelve loco con las traveseadas.

— Pues no se ha de conseguir, si yo soy el que doy esa diversión y costeo el ganado, sólo con el fin de que mis amigos gocen de ella, vamos á comer en un instante, porque hasta que yo no disponga el aserradero y que se entorile no se arregla nada. Cuando llegaron á la casa les presentó D. Polo á su familia que se reducía á dos niñas, una de cinco y otra de siete años, sumamente parecidas á su padre que era del tipo común de los tierracalenteños, es decir, de un cuerpo regular, robusto, muy trigueño, pelo crespo y áspero, ojos encapotados, nariz corta, labios gruesos, poca barba, un tanto cargado de hombros, se vestía con buena ropa pero en el mayor desaliño y con un gran mechón del copete, trataba de ocultar una ancha cicatriz que le cogía desde la frente hasta medio carrillo izquierdo; desde luego se advertía que era resignado y atrevido, trataba á sus subordinados con el más refinado despotismo, sin dejarse nunca contradecir, por lo que siempre los corregía á mache-

tazos sin entrar en más explicaciones, pocas veces se reía ni chanceaba, y parecía estar siempre de mal humor, mas al entrar á su casa y salir corriendo sus hijitas, cambiaba completamente de faz, dejando ver al hombre más sensible, al padre más amante. Las niñas, á pesar de ser tan fieritas, estaban muy aseadas y bien vestidas.

— Anda, llama á la señorita, le dijo á la más grande. Se metió para adentro la niña, y á poco se presentó una señora de cosa de cuarenta años, que desde luego se conocía que era una persona de buenos principios y de noble descendencia, vestía sencillamente de túnico, estaba bien peinada, su cutis era blanco y hermoso, pelo castaño obscuro, ojos pardos, de mirada apacible, en fin, en todas sus facciones y maneras se notaba la gran distancia que mediaba entre la clase de ella y la de D. Polo; saludó afectuosamente á los recién llegados y al presentárselos D. Polo, dijo con voz alterada por los recuerdos que en aquel momento le vinieron á la imaginación: — Señorita, aquí tiene vd. á dos de los Hermanos de la Hoja, á quienes debo después de Dios la vida, jamás olvidaré esa acción y se la agradeceré mientras exista, principalmente á vd., D. Pepe, que fué quien me levantó en la barranca del Zopilote; cada vez que estrecho contra mi pecho á estas criaturas lo recuerdo, y á vd. le debo tan grata complacencia: niñas, abracen á ese señor que les volvió á su padre. Y sin poderse contener dejó correr por sus tostadas mejillas las lágrimas de gratitud, que le impidieron por un momento el uso de la palabra. Pepe también conmovido abrazó á las chiquillas y se limpió los ojos con el anverso de la mano. La señorita tampoco pudo contener las que se le vinieron á los ojos y Astucia sin querer los imitó. Pasada esta triste escena siguió otra no menos. Tomó respetuosamente D. Polo á la señorita una mano y acercándose á sus huéspedes les dijo: — Aquí tienen vds., amigos míos, al ángel de guarda de estas chiquillas, que hubieran sucumbido de hambre en la más espantosa miseria, si esta señorita á costa de sus intereses no las hubiera libertado. Después de aquel día memorable en que sin sentidos y hecho pedazos, me levantó vd., D. Pepe, siguió la persecución contra mi casa y familia, la primera fué quemada y mi mujer con estas criaturitas tuvo

que ocultarse en las barrancas, de donde las sacaron y sucumbió á manos de mis enemigos de la manera más infame, iban á haerlo mismo con estas inocentes, cuando la señorita arrojando por todo las escapó en unión de su esposo, mi antiguo amo; esto fué origen de que los consideraran mis cómplices; después de afrontar la enemistad y odio, mi querido patrón murió cobardemente asesinado, la señorita se refugió en la ciudad llena de miseria y trabajaba de día y de noche para conseguir el sustento de sus hijas adoptivas; cuando yo volví después de tres meses largos, que duró mi restablecimiento, me encontré en el plan de Amilpas absolutamente solo, todo había desaparecido, me informaron de lo que pasó y me propuse desde luego devolver bien por bien, mal por mal, yo no sigo ya opinión ninguna, mi plan se reduce á vivir del que tiene y se acabó, ya que ellos agotan sus recursos para exterminarme, yo apuro los míos para no dejarme, cuento con gente decidida y amiga de la holganza, cuando nos conviene somos valientes, cuando no, esquivamos encuentros, nos disolvemos para reunirnos en parajes de salvamento. Como esta señorita perdió sus intereses, y trabajaba para sostener á mis hijas, yo me he propuesto que siempre sea para ellas su madre, para mí, mi ama y señora, querida y respetada, el ángel custodio de esas niñas y la dueña de mi casa. — Es muy justo, dijo Astucia, y yo el primero le ofrezco á vd., señorita, mis respetos; Astucia el Jefe de los Hermanos de la Hoja, por sí y por sus compañeros se ofrece á sus órdenes. — Gracias, caballero, y vds. pueden contar con una humilde criada, Josefina R. de G. para que manden. Apolonio se ha conducido conmigo de tal modo, que le vivo agradecida, estas chiquitas primero por lástima, y ahora por amor, son las que ocupan mi corazón, y me hacen soportable la existencia, pues sin ellas tiempo hace que hubiera terminado mi vida, que no fué más que una cadena de continuos pesares y de amargos padecimientos.

— Ya está la comida en la mesa, dijo un cuerudo asomando la cabeza por la puerta de la sala. — Vamos, señores, dijo la señorita, pasarán un mal día. Astucia le ofreció el brazo, Pepe tomó de la mano á una chiquilla, D. Polo á la otra y se dirigieron al comedor, allí volvió á rolar la conversación sobre el Bulldog y

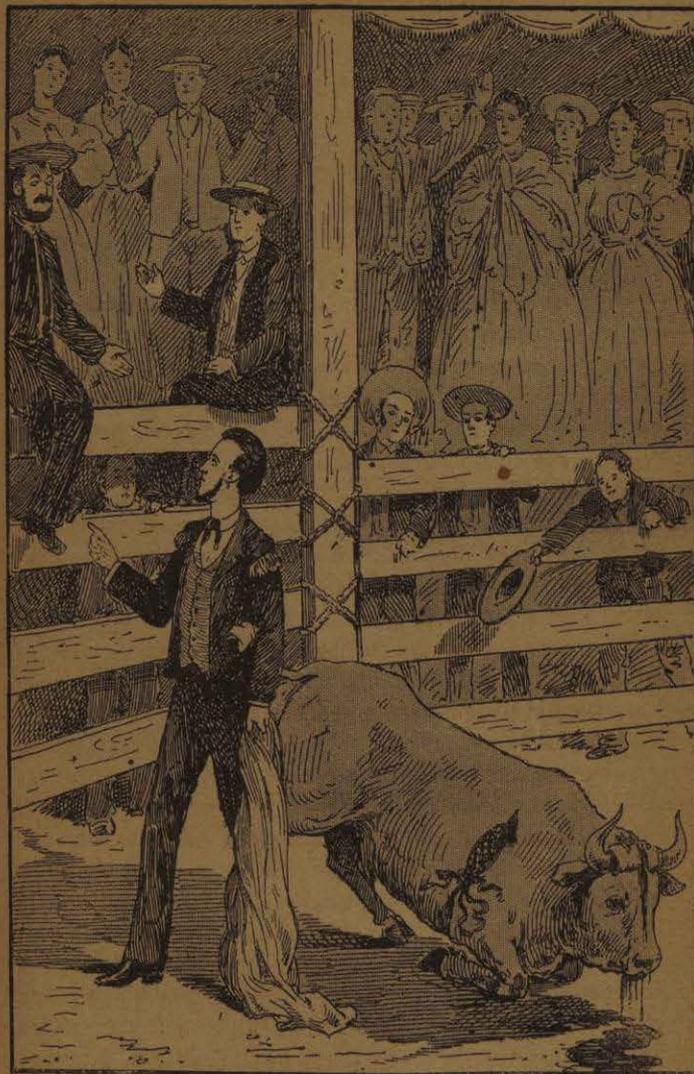
D. Polo les dijo: — Para darles una idea de quién es ese bribón, basta con que sepan que es un renegado; después de andar al lado de varios bandoleros, lo indultaron porque denunció á sus compañeros, y no cabiendo por ninguna parte porque le apesataba un poco el pescuezo, se colocó en la comisión y de ratón ascendió á gato, se ha hecho muy temible desde que lo hicieron cabecilla y se pone muy hueco cuando le dicen comandante, ha colgado en el camino á una porción de indios huacaleros, haciendo creer que fueron pájaros de cuenta, pero es un cobarde de primera, que por no exponerse siempre llega tarde cuando asaltan á las diligencias, ó coge diverso camino para perseguir á los malhechores, es sumamente fanfarrón, adulador y bajo; últimamente consiguió colocarse en el resguardo de las rentas del tabaco y está jugando con dos barajas, pues nadie me quita de la cabeza que está de acuerdo con los principales cabecillas. Ahora vendrá con el pretexto de guardar el orden, no tiene el demonio por donde desecharlo, juega, bebe y posee cuanto vicio es posible, es astuto y malicioso á la vez que fatuo y presumido, ahí lo verá vd. de cerca y conocerá que bien corresponde su cara con sus hechos; yo soy malo y feo como el propio Lucifer, pero ni soy traicionero como ese mentecato, ni soy hipócrita y dos caras; cuidense de él porque es capaz de la más vil felonía, seguro está que se les pare al frente, es un collón de marca, pero sí, puede dar una sorpresa y jugarles una mala partida. — Ya estamos prevenidos, D. Polo, dijo Pepe, todo cuanto vd. nos ha dicho estaba á nuestro alcance y Dios libre á ese Bulldog de que trate de ventearnos, no le ha de valer su ancha cara ni dientes de tenazas, los mastines criollos y abajeños adonde afianzan el gazzate ahogan.

La comida estuvo abundante y bastante bien servida. Cuando estaban concluyendo llegó el criado ó asistente de D. Polo. — ¿Quién entró? preguntó éste al oír las pisadas del caballo. — Es Joaquín, señor amo, le respondió el otro criado. — Dile que ensille el Chocolín, con la silla y freno con que vino de la hacienda, que con mi silla ensille el Melado, y vd. por fin, P. Pepe, ¿entra á la plaza? — Sí, contestó Astucia, entrará tras de su amo, mira, Pepe, en cuanto acabemos, te vas á ensillar mi prieto y que Reflexión se venga en el Cuatralbo por si se

ofreciere dar un piquetito, tráete debajo de la pierna mi espada, en los tientos el jorongoito acambareño y procura representar tu papel para que le comamos el trigo al Bulldog.

— ¿Qué te vas á meter á torear, Apolonio? dijo la señora, ya sabes que eso les causa mucho miedo á estas criaturas y si las hemos de llevar á mortificarlas, vale más que nos quedemos. — No, señorita, yo no he de torear, ya tengo el tablado dispuesto para vds. y yo me estaré por allí inmediato por si algo se les ofreciere, el amigo Astucia que está ahora en su mero tejocote, es el que ha de entrar y tengo empeño en que monte al Chocolín que me regalaron ensillado los amos de la hacienda de... si es tan bueno como bonito, seguramente que se tiene que agradecer. — Por cierto de esos regalos, Apolonio, manos besamos que quisiéramos ver quemadas, esos mismos que así te regalan, por un lado te obsequian temiendo que caigas á sus haciendas y te despaches por tu mano, y por otro no perdonan medio para ver si consiguen exterminarte; Dios te libre de caer en desgracia, porque ellos serán los primeros en solicitar tu ruina.

— Conque, señorita, dentro de un rato se van yendo para la plaza, que las acompañe Joaquín y Tomás, allá las espero para acomodarlas, ó si vd. dispone que vuelva yo por vds., me vendré luego. Reflexionó un rato y respondió: — Nos iremos solas, pues aunque aquí nadie me conoce, ni yo tengo que perder, siempre será bueno que ningún extraño sepa que tienes familia, para que no nos vayas á arrastrar contigo en un caso desgraciado. Se despidieron los huéspedes, Pepe se fué á ensillar el Prieto y Astucia arregló los estribos de la magnífica silla que tenía puesta el Chocolín, montaron á caballo y se fueron para la plaza; ya estaba allí el Bulldog montado en un bonito caballo bayo lobo, haciéndose el gracioso lazando á varios de á pie de los macutenos de Ríofrío. Ninguno le había visto á D. Polo el Colorado y se imaginaron que era del charro, confirmándose en ello al ver que su vestido era competente al lujo y magnífico apero de tan precioso caballo. Luego que llegó D. Polo se arrimó el Bulldog á saludarlo, dándose cierta importancia y diciendo con sonrisa sardónica: — No le doy la mano, Sr. D. Apolonio, porque es el único á quien le alzo pelo, y estoy muy contento con tener mis tãnganos en su lugar. — No se haga chico, coman-



Eso no vale, fué á la mala, dijo el Bulldog...

dante, que vd. no deja de tener sus fuerzas, ya me han contado que anda por ahí haciendo chillar á los hombres, lo que sucede es, que muy bien sabe con quién se pone y hasta ahora no ha encontrado quién le dé á entender que donde hay bueno hay mejor. — Eso es una verdad, dijo el Bulldog, y sin que se entienda que es fanfarronada exceptuándose vd., con el que quiera me rifo. — Permitame, comandante, que le diga, que es mucha vanidad, y que donde vea que le cogen el falso se le sale. — Pues lo repito, no siendo con vd., con cualquiera me rifo. Casi todos los que estuvieron en los gallos y presenciaron la escena de D. Polo, estaban allí reunidos, no dudaron que Astucia le quitaría la vanidad á aquel hombre tan fatuo y todas las miradas se dirigían á él como incitándolo á que admitiera; Astucia haciéndose el indiferente veía con demasiado desprecio al Bulldog, sonriendo irónicamente, D. Polo le guiñó un ojo y sin esperar á más adelantó su caballo hasta ponerse frente al Bulldog, diciendo con semblante joco serio : — Señor comandante, ha barrido con todos sin exceptuar más que al amigo D. Polo ; como su reto á todos nos humilla, yo se lo acepto por honor de todos, aquí está mi mano, no me jacto de fuerzudo, pero no consiento que ronquen más que los que duermen, y el que me busca me encuentra. Aunque no dejó de sorprenderse el Bulldog, el prurito y sobre todo su vanidad, lo hicieron tomar la mano que se le presentaba y desde luego conoció que su adversario era pollo de cuenta, por lo que maliciosamente quiso al instante cogerlo desprevenido y dominarlo; Astucia que no era lerdo penetró su designio y anticipadamente le dió tan fuerte agarrón que no lo dejó poner en planta sus mañas y magullándole los dedos, jugándole los tangantos atrozmente, le decía riendo : — Apriete. El comandante soltó los estribos, se encogió en la silla, se mordía los labios, tenía el rostro lívido, las lágrimas asomaron á sus ojos y por más esfuerzos que hacía, no sólo no podía apretar, sino que ni defenderse le fué dado; por fin, le apretó otro poco Astucia, le dió otras jugadillas de tãnganos y soltándolo dijo : — Este pichón no es para mí. — ¿Qué hubo? dijo D. Polo. — Que este señor comandante se está haciendo chico, contestó Astucia, no ha querido agarrarse como los hombres, y si piensa que yo le

he de apostar algún interés se equívoca. Y les hizo del ojo á los que los rodeaban.

— Me declaro insuficiente, señores, este caballero me ha hecho ver estrellitas, exclamó el Bulldog sacudiéndose la mano y soplándose los dedos, retiro mis palabras y pido perdón á las personas que se creyeren insultadas. — Basta con esta espontánea confesión, replicó Astucia, nadie se dé por ofendido, pero si quiere la revancha, aquí está la zurda. — No, amigo... cómo se llama para respetarlo. — Gambino, servidor de vd., le contestó Astucia, que fué lo primero que se le ocurrió. — Vamos al aserradero, dijo D. Polo para evitar más explicaciones, que abran las trancas, y les prevengo que no maltraten el ganado. Unos entraron á la plaza y otros se subieron á los tablados, el Bulldog renegando los siguió, pero tenía tan adolorida la mano, que no podía ni componer su reata, Gambino y su criado se acompañaron llevándose el primero la ventaja en el manejo de la reata, que tiraba con mucho acierto, mientras que el comandante estuvo errando lazos encuartándose y siendo el más chambón de todos; luego que entorillaron se salieron y D. Polo facultó al supuesto Gambino para que arreglara todo y no se volviera desorden.

— Señores, dijo Astucia, ¿les parece que improvisemos una cuadrilla? — Sí, sí, contestaron varios de los entusiastas para entrar. — Pues párense aquí los que han de servir de picadores. Sólo tres se resolvieron. — Completa aquí las paradas, Pepe, monta el Cuatralbo y proporcióname garrocha que cuando te toque yo cubriré tu lugar. — Aquí están las picas, dijo Joaquín al asistente de D. Polo que hacía tiempo había llegado con ellas. — Corrientes, ármense, señores, y por este lado estamos completos, ¿vd., comandante, no quiere dar un piquetito? — No, amigote, yo estaré de lazador. — En hora buena, pues júntense aquí con D. Polo, que entrará en el Chocolín para que me lo preste cuando se lo pida. A ver los coleadores fórmense. Entresacó ocho y los numeró. — Señores, les dijo, cuando les toque su turno estén listos, yo los llamaré por sus números y mientras no se colee, se están aquí afuera paraditos. Ahora vamos á la cuadrilla de á pie, ¿quiénes gustan de acompañarme? — Yo, señor amo, contestó Reflexión disponiendo su sarapito y alzán-

dose las puntas de las calzoneras, y yo, y yo, contestaron varios rancheros y peladitos. — Fórmense, fórmense aquí en ala. Eran otros ocho. — ¿Quién de vds. banderillea? que dé un paso al frente. Salieron tres. — Completa aquí, Reflexión, dos para cada toro, primera y segunda parada, los demás son capoteros, y cuidado con hacerse bolas. Nos faltan dos locos. — Ahí andan los de los güegüenches y la danza, llámenlos, dijo D. Polo. En un instante vinieron llenos de gusto, les advirtió Astucia su deber y estaban ya completas las cuadrillas. — Ahora sólo me resta decirles lo que debemos hacer, vámonos todos al mesoncito para ensayarnos mientras se hace hora. Las facultades concedidas y el aspecto de dominio que tenía Astucia hacían que todos se prestaran y obedecieran gustosos; allí solos en el mesón, les advirtió el cómo y lo que debían de hacer cada cual en su clase, mandó acomodar la música, se pusieron tranqueros en la puerta para que sólo entraran y salieran los que él determinara y coordinó con D. Polo el modo de distribuir la diversión para hacerla lucida y variada, sin olvidarse del clarín de órdenes para la lumbrera del juez. A las tres y cuarto ya estaba todo listo, la plaza llena de gente y toda la concurrencia ansiosa de que comenzara la función.

Por fin llegó corriendo un indio á avisar que ya estaba el Sr. Subprefecto en su tablado; se formaron todos en sus respectivas colocaciones y capitaneados por Astucia que iba á pie, con su joronguito doblado en el brazo izquierdo. Llegaron á la puerta de la plaza, sonó un formidable trompetazo que puso en alarma á todos los concurrentes, la música comenzó á tocar una descompasada marcha y se presentó Astucia seguido de sus cuadrillas, atravesando el circo, llenando con su presencia la plaza, causando mucho entusiasmo y obteniendo multitud de aplausos.

Llegaron frente al tablado de las autoridades, formaron en ala, hicieron el saludo y en el mayor orden salieron los coleadores y dos de los picadores para su sitio designado. Un picador se paró en un lado del coso, el otro al segundo tiro, los peones cubrieron el redondel; el capotero fué al reto, y el capitán se puso tras del primer picador para defenderlo de un embroque.

Como el toril no estaba en forma, sino que sólo era un simple chiquero, fué necesario lazar adentro al toro designado para

sacarlo; le dieron al Bulldog la reata con el toro amarrado; al tiempo de salir á la plaza estaba atravesado, fué el primer bulto que descubrió, y partiéndole directamente no le dió tiempo para salirse de jurisdicción, por lo que en su viaje le dió al caballo una quemada en la nalga, y el hombre por librarse soltó la reata y echó á correr causando mucha risa á todos que se burlaban de su torpeza; uno de los de á pie tomó la punta de la reata, se la dió á D. Polo, y siguió otra bola de silbidos pues el dicho Bulldog erró cuatro ó seis piales, hasta que estando el toro ahogándose cayó al suelo y allí lo despojó Astucia de la reata que tenía en el pescuezo, diciéndole al picador: — Párese aquí, amiguito. Ahí va la muerte, muchachos. Le dió un manazo al toro en la panza y arrancó extendiendo su joronguito al estribo izquierdo del picador, el toro se paró hecho un demonio, y le partió, lo recibió bien, pero todo se descompuso y antes que recargara la suerte y perdiera la silla, se metió Astucia quitándosele con limpieza, gritando: — ¡Bien, muchacho! Bien. Todos lo imitaron aplaudiendo, y el hombre que picó, se figuraba que efectivamente había quedado bien; así estuvo ayudando y defendiendo á todos, animándolos y aplaudiéndolos, pues siendo esa clase de entretenimiento su diversión favorita, se dedicó, aprendió y ejercitó en todo lo del ramo con empeño, por lo que el hombre estaba en su elemento.

Los banderilleros no quedaron muy mal, á pesar de sólo hacerlo con una mano. Tocaron á muerte, armó Astucia con la muleta su joronguito, le dió Pepe su espada, pidió la venia, retiró la gente del circo y se presentó muy sereno á dar los pases, el bicho no había adquirido resabio, se prestó bien, humilló con franqueza, y con toda maestría le aplicó una buena estocada por el alto de los rubios, volvió sobre el bulto muy agraviado, le presentó Astucia la muleta, se contrajo, tosió con ansia, dió dos ó tres oscilaciones y se clavó de cabeza al querer entrarle á la capa.

Por largo rato estuvo la concurrencia aplaudiendo frenética; nunca se había visto por allí un diestro más inteligente, más simpático ni más bien recibido. De todas partes llovían galas, todos demostraban su júbilo de mil maneras; mandó á los locos que juntaran, y generalmente á todos dió las gracias por su benevolencia, al recoger su sombrero. Se fué para la puerta de

la plaza y gritó: — Uno y dos, á la puerta del toril. Tres y cuatro, sáquense ese toro para afuera á que lo destacen. Tráete mi prieto, Reflexión, y tú, Chango, guárdame por ahí ese dinero, cosa de cuarenta pesos en toda clase de moneda que recogieron los locos, á quienes les dió un puño de tlacos y medios á cada uno; trajo Reflexión el prieto, y le dijo: — Móntate, acompáñate con los coleadores, y si te dejas ganar la cola te prometo un dulce.

Les echó un toro manso, al cual sólo Reflexión pudo llevarse merced al buen caballo que montaba, mandó que saliera aquella parada é invitado por D. Polo que quería verlo maniobrar en el Chocolín, siguió otro toro de cola para él y el comandante que mandó meter un bonito caballo melado; como eran los más guapos, llamaban más la atención, con la diferencia que el uno había merecido silbidos, y el otro multiplicados aplausos; en lo poco que había usado el Chocolín, conoció que no era de gran empuje, que se cargaba un poco en la rienda, y que era necesario aprovechar los primeros arranques.

— ¿La toma, ó me la deja, comandante? le dijo al Bulldog al estar esperando á la res. — Como vd. quiera, le respondió. — Esa no es respuesta. — Pues que la coja, el que pueda. — Este no es lugar para disputarla, comandante, si estuviéramos en el campo no le preguntaría. — Es que cuando estoy en este melado no me gusta quedarme atrás, la lucharemos. — Corrientes, peor para vd., y en este momento salió el toro al redondel, ambos partieron, sacó la ventaja el comandante, Astucia se embarró, y cuando pensaba el Bulldog que lo había dejado atrás y trataba de cerrarle el claro, se le pasó por la derecha como un rayo, tomó la cola con la mano zurda y violentamente amarró, le pegó un grito al Chocolín y rodó el toro por el suelo un gran trecho. Fué universal el aplauso que ya rayaba en delirio, y al ver á Astucia perfectamente sentado en el Chocolín, que con cariño lo aquietaba, echando de cuando en cuando unos fuertes volidos, tascando con furor el freno y disparándose á cada instante, no había persona que no alabara á aquel charro tan bien montado.

Se paró la res un tanto destroncada, la siguió el comandante solo, y á pesar de que no tenía competencia, sólo pudo medio trastornarla, pues abriéndose el caballo la estiró mal y de mala

manera. Silbáronle los malditos que ya se habían propuesto hacerle cuco. Volvió Astucia, le tomó el rabo, y sin gran dificultad le dió otra caída de chifonazo y siguieron los aplausos; picado el Bulldog se le pegó; pero ya el toro se había hecho remolón y en vano le metió tres arcones, no hacía más que cambiarle de dirección irritándolo más y más tanto silbido.

Desde que Astucia se presentó y empezó á ser aplaudido, una viejecita hermana del señor cura empezó con la tentación de saber quién era, por lo que á cada momento y á cuantos podía les preguntaba con empeño: — ¿Quién es ese joven tan buen mozo y presentado? ¿quién será? y tanto instó que se fué repitiendo su pregunta por ocho ó diez tablados, y uno de tantos que presenció la derrota del Bulldog antes de la corrida, dijo: — Si mal no me acuerdo, me parece que oí decir que se llamaba Gavino, no, Cutino, ello es que su apelativo va por ahí, no lo recuerdo bien. — Gavino querrá vd. decir, repuso un fatuo que era tinterillo del juzgado de Letras y se daba importancia de conocer á todo el mundo. Gavino, sí, señor, el primer espada que trabaja en la capital, ¿no es así? — Creo que así, dijo el primero. — Eso ha de haber dicho, si yo lo conozco; varias veces lo he visto torear en Puebla, y aunque ahora viene de payo, no por eso dejo de saber quién es.

Con esta afirmativa, volvió la respuesta corregida y aumentada, y al recibirla la viejecita, le decía á su vecina inmediata: — Este es Gavino, niña, Gavino. — Mira, José Antonio, ya no te morirás con el deseo de ver torear á Gavino, el célebre Bernardo Gavino. — Con razón está todo esto con orden, respondió el cura que era el interrogado, y trata con tanta confianza á esas fieras, se burla de ellas y las domina; es justamente digno de todo elogio, pero ahí viene D. Polo, y éste nos dará mejor noticia.

— D. Polo, D. Polo, le gritó la señora, y luego que se acercó le ofreció el cura un asiento. — ¿Es verdad, D. Polo, que ese charrito tan guapo es Gavino? — Sí, señora, respondió sonriéndose al cura, con quien semireservadamente mantuvo una larga conversación. Como se fué generalizando la voz de que se llamaba Gavino, en cada aplauso repetían: ¡Viva Gavino! ¡viva Bernardo! y todos creyeron que efectivamente

así se llamaba, de manera que hasta el mismo Bulldog le dió crédito á pesar de conocer al verdadero Bernardo, y como cuando le dijo su apellido no puso mayor cuidado porque los dolores que sentía en la mano no le permitían atender á otra cosa, creyó que la casualidad bien podría haber hecho que tuvieran el mismo apellido, y sólo dudaba de que se llamara Bernardo.

Al verse humillado y hecho cuco por aquel hombre decía entre sí: — Ya nos veremos, señor Gavino, yo le enseñaré á mofarse de los hombres, no pierdo las esperanzas de encontrarnos por ahí y pobre de vd. si cae en mis manos; no le han de valer sus fuerzas ni su ciencia en la tauromaquia.

El segundo toro de juego también estuvo divertido, lo picó Astucia en el cuatralbo, lo banderilló en el prieto, y por fin, le dió una buena estocada de vuela pie, que lo hizo sucumbir, repitiéndose los palmoteos, galas y vivas á Gavino; mientras seguían otros dos toros de cola, se sentó en la orilla del tablado en que estaba D. Polo á fumar un puro que le ofreció el señor cura, quien después de elogiarlo le suplicó que antes de irse le hiciera una visita, á lo que accedió Astucia muy gustoso. El tercer toro no lució porque desde luego se hizo muy retrechero y de malicia, presentándose á las suertes con cautela y embarrándose á cada paso, conservándose con muchas piernas y dando de repente algunos arranques de embroque. Tocaron á darle muerte, y al presentarse Astucia á pedir la venia, le dijo D. Polo: — Está ese toro muy engréido, ya se ha toreado muchas veces, cuidado con él, amigote. — Es verdad, señor D. Polo, está muy apicardillado, sigue celoso el bulto, no quiere entrar en la suerte y tira derrotes con malicia; pero adonde yo logre que tome el engaño, lo despacho embraguetándome.

— En éstos es en los que debe lucirse, señor Gavino, dijo el Bulldog con ironía trepándose en la barrera para estar en salvo.

— No digo ese toretillo, comandante, toros de alzada, y en el llano he dominado, voy á cambiar una estocada por un puñete, eso es seguro. Y se fué previniendo su muleta. En vano lo retó tres ó cuatro veces, cambió de capas, hizo que se lo corrieran, más se aguerenciaba el maldito toro, y al presentarle la espada cambiaba viaje, se armaba ó lo dejaba sin salida; se le per-

filó al costado, le dió pase de pecho para embraguetarse, y no pudo hacerlo entrar en jurisdicción ni mucho menos humillar.

Estaba Reflexión empeñado en quererlo desalojar de la querencia, y Astucia separado en espera de una oportunidad, cuando el bicho dió el arranque siguiendo directo al bulto, él se lo evitó con un recorte sacando la muleta por alto, pero á pesar de que anduvo bastanté listo, no le fué posible por falta de espacio, escaparse de los derrotes continuos con que la fiera lo buscaba, y le tocó uno en el antebrazo izquierdo, que aunque corrido y ligero le hizo pedazos la chamarra; enojado por aquel lance, siguió tras del toro pegado á la barrera y gritándole para que volviera; en cuanto terminó su viaje se paró y sin más pases de muleta ni preludios le aplicó una estocada baja á la media vuelta con la que le atravesó el pecho é interesó el pulmón, y arrojando el animal borbotones de sangre por boca y narices cayó á pocos pasos exhalando el último aliento, á tiempo que toda la concurrencia con estrepitosos aplausos repetía mil vivas á Gaviño y no escaseaba sus galas al matador.

— *Eso no vale, dijo el Bulldog, esa estocada fué á la mala, amigote,* queriendo así contrariar las aclamaciones generales, menospreciando el hecho con una sonrisa sardónica y burlesca.

— Efectivamente, comandante, fué á la mala, pero es la única con que deben morir todos los *picaros*, que como este toretillo, adquieren resabio y se hacen alevosos. Y recalco su palabra de manera que comprendiera la doble intención con que contestaba.

— ¿Qué siempre le dió su llegadita en el brazo? — Sí, comandante, los chambazos que yo hago, ya lo ve, al que me rasga la chamarra lo atravieso por el pecho y el pulmón; ese es mi sistema: hágame favor de gritarle al cinco y seis, para que coleen, y al siete y al ocho para que se lleven á este toro muerto.

— ¿Qué no habrá entendido las indirectas? dijo D. Polo en cuanto se ausentó el Bulldog. — Si no las comprendió, de necio se pasa, dijo el cura. — Puede ser que se haya quedado en ayunas, replicó Astucia, hay en este mundo gentes que nacen predestinadas, y creo que está bastante bien aplicado el nombre de Bulldog. — Está adecuado, dijo D. Polo; mírenlo vds. con esa cara tan ancha, las narices aplastadas con tamañas ventanas

abiertas, un dedo de frente cubierta con el pelo almendrillo, la barba enchilada, esa desmesurada boca por donde asoman tres dientes más de los naturales que demuestran las dos andanadas, sus ojos entre garzos ó verdosos, encapotados y de mirada siniestra, su cuerpo chaparrón y doblado; por no dejar su voz se asemeja á los ladridos; y esa cara pecosa y empañada como huevo de pipila, desde luego causa repugnancia y es chocante, cuidado con sus dientes, amiguito. — Sí, D. Polo, es necesario cuidarse las pantorrillas porque ese perro no ha de ser de los que salgan ladrando por enfrente, sino que á la sordina dan la tarascada, ya procuraremos ponerle su tramojo y en caso preciso quebrarle los dientes. Como ya no más faltaba un toro de juego, se mochó más para que sirviera de embolado para la plebe, y en cuanto acabó de colear la cuarta pasada, se hizo el combate, entraron todos y se les echaron á reparar los toros que había en el toril á un tiempo, para terminar la diversión. En uno de los intermedios vino el comandante agarrado del encoladito que afirmó que era Bernardo Gaviño, sosteniéndoselo á su buen amigo el Bulldog que quiso salir de dudas.

— Muy bien, Bernardo, muy bien, le dijo á Astucia cuando estuvieron enfrente del tablado en que estaba sentado con los pies descansando en las vigas que formaban el redondel. Astucia lo vió con indiferencia sin darse por entendido, entonces el tinterillo repitió sus alabanzas: — Bien, Bernardo, bien has quedado. — ¿Con quién habla vd., señor mío? — Pues ¿con quién he de hablar, chico, sino contigo? — ¿Contigo? pues me gusta la confianza, y de veras que es ingeniosa la lisonja, ¿por quién me ha tomado vd., caballero? — ¿Cómo por quién? por Bernardo Gaviño. — Está vd. en un error, no me llamo Bernardo, y si lo fuera, ¿quién es vd. para tutearme? ¿qué, porque se presenta uno al público debe menospreciarlo cualquier charlatán? — Pues ¿no es vd. Gaviño? repitió aquel hombre medio cortado por la reprimenda; yo lo he visto torear en Puebla y otras plazas. — ¿A mí? — Sí, señor, á vd. — Pues entonces permítame que le diga que miente más que un sastre; aunque me nombran Gaviño, jamás me he presentado á torear en plazas públicas de paga, el mentado diestro con quien vd. me confunde, es torero de profesión, el único que